



Aquellos hoyuelos que se le marcaban

y que, por ser tan característicos de la sonrisa de las personas felices, jamás de la vida hubieran podido hacer pensar en final semejante a alguien que no fuese la tía viuda de las de Cornejo que — sumamente torpe aun tan chismorrera y lenguaraz, que jamás se atascaba a la hora de tramar cualquier infundio — cuando se vio allí de pie, en el centro de la escena y delante de todo el mundo mirándola aguardando expectante qué era lo que tenía que decir — se quedó, quizás por ser una situación tan nueva para ella acostumbrada sólo a las tertulias de la cola de la charcutería, totalmente en blanco y no se le ocurrió cosa mejor que echar mano del trágico desenlace de la novela que, a lo largo de innumerables vicisitudes acaecidas a lo largo de 4327 capítulos, había terminado aquella misma tarde y era por lo que la hermana mayor del chico de los granos, bastante simpática en condiciones normales, había contestado tan mal al teléfono cada vez que la hacíamos levantarse para acudir a contestar al teléfono.